

otros, en el panorama familiar de la tierra; discerniendo en el continuo cambiar de expresión del rostro del amigo la corriente de sus emociones íntimas, felices o trágicas, y una más trágica o feliz que las demás. Y sobre este paisaje selecto y esta emoción única, a que todos los demás paisajes y emociones prestan su encanto particular, debemos fijar la atención para inmortalizarlos después en la obra de arte. He aquí en resumen lo que la verdadera teoría de «el Arte por el Arte» significa.

Nació Walter Horatio Pater hacia el este de Londres, en el barrio de Shadwell, el 4 de agosto de 1839. Estudió en Canterbury y, más tarde, en Oxford en donde recibió el grado de bachiller en letras (B. A.) en 1862. Con excepción de sus visitas al continente, a Francia e Italia, pasó su vida de hombre en Oxford. Había ingresado en esa Universidad para tomar las órdenes de la Iglesia de Inglaterra, pero hacia 1865 se halló falto de fe en esa religión. Sus ideas a este respecto, que forman tan grande parte de su obra de pensador, merecen estudio especial. Hay quienes afirman que en sus últimos días estuvo a punto de abrazar el credo católico romano. El 30 de julio de 1894 murió en Oxford tras de una vida intensa, contemplativa, y libre de vicisitudes vulgares.

BIBLIOGRAFIA:—*Studies in the History of the Renaissance* (ensayos), 1873; *Marius the Epicurean* (novela histórica), 1885; *Imaginary Portraits*

En uno de los CONVIVIOS próximos, se publicará el HIPÓLITO VELADO de Pater, uno de los más notables de sus ESTUDIOS GRIEGOS; en fina, elegante y fiel versión de nuestro colaborador y amigo Pedro Henríquez Ureña.

(ensayos de novela filosófica), 1887; *Appreciations* (ensayos), 1889; *Plato and Platonism* (ensayos), 1893; *The Child in the House* (ensayo de novela filosófica), 1894.

Después de su muerte se publicaron: *Greek Studies* (ensayos), 1895; y un volumen de los ensayos que se habían publicado en *The Guardian*, 1897.

En castellano tenemos traducción completa de *Greek Studies* (Estudios griegos) de la pluma magistral del dominicano Pedro Henríquez Ureña, publicada en México circa 1912. Del mismo escritor se publicó en *El Figaro* de la Habana, en 1915, una traducción admirable de la descripción de Mona Lisa. Eugenia L. V. Geisenheimer, culta señorita alemana, que escribe en español y ha traducido prosas de Heine, prepara traducciones suyas de *The Child in the House* y otros ensayos de novela.

SALOMÓN DE LA SELVA

Nueva York, 1916.

SALOMÓN DE LA SELVA

Washington, 6 de febrero de 1921

SEÑOR DON JOAQUÍN GARCÍA MONGE

San José de Costa Rica

Amigo don Joaquín:

PROMETÍ hablarle de Salomón de la Selva en esta carta y empiezo recordando nuestra primera entrevista.

Fué en Nueva York, en 1918. El poeta acostumbraba dormir de día para poder noctabular. Suaves los modales, adormecidos los ojos en una morosa esperanza,—y con dos grandes turquesas en el fondo,—los labios de azteca o de caribe,—para repetir la frase de uno de sus admiradores,—la tez pálida de vigiliadas mentales que nunca llegan al «surmenage» porque es un «schollar» que sabe bien su higiene; y sobre el modesto barro en que han confluído el indio y el inglés, una cabellera que nos habla de románticos quehaceres y de inquietudes y avatares.

—¿Conoce usted León?—fué una de

sus preguntas. Nuestro amigo es leonés y de repente en la charla se le olvida la jerga brava de aquel pueblo y otras cosas que desde Oviedo y Valdés brillan en el folklore de Nicaragua. León, ciudad de hidalgos, corte de príncipes, como ha dicho Su Ilustrísima Azarías Pallais, arzobispo de nuestras letras: de allí es de la Selva y a donde quiera que va lo repite con orgullo. A los quince años vino a la Escuela de Ingeniería de Cornell. La muerte de su padre lo obligó a regresar a la tierra; pero de repente lo vemos en Nueva York otra vez, al servicio de un señor conde brasileño, que tenía la chifladura de creerse escultor, pintor y poeta, y para quien de la Selva tradujo odas de Coleridge y de Swinburne, que el buen conde mandaba a magazines no sin obtener la propiedad literaria en Washington. Mientras esto sucedía, el poeta estudiaba la métrica inglesa.

Un día, tras el vagar amargo, durmiendo a la diablo y comiendo gracias al buen Dios que defiende a los paja-

rillos, el poeta conoció a Frank Crane, editorialista de *The Globe*; y Crane le tendió la mano y fué su amigo. Sus poemas empezaron a volar en triunfo. Lo hicieron miembro de la Dante League y de la Hispanic Society; en la Universidad de Columbia dió una conferencia sobre literatura moderna; en la Poetry Society leyó un bello discurso panamericanista; y en el Williams College enseñó francés. Por ese tiempo (1916) colaboró con Pedro Henríquez Ureña en *Las Novedades*, y Putnam's Sons editaron «Eleven Poems of Rubén Darío» (traducciones de de la Selva y Thomas Walsh, con prólogo de Henríquez Ureña). El crítico Howells, alabó en «Harper's» el poema «Tropical Town», diciendo: «He aquí algo sutil, aunque simplemente sentido y dicho en forma impecable; toda una condición de vida, toda una civilización íntima en esas líneas, y el corazón del poeta resplandeciendo en la vívida perfección de la semblanza».

En 1918 «Tropical Town and Other Poems» fué editado por Lane & Company; y el nombre del poeta florecía desde «Poetry», el castillo del modernismo en este país, hasta «Ainsle's» donde publicó «One Day in Bethlem», esa letanía que me dió el argumento de la historieta «La Visita de los Sátiros al Niño Dios». Su labor iniciada en «Pan American Magazine», en Nueva York, para dar a conocer a los poetas hispano americanos, tuvo efímera notoriedad en «Pan American Poetry» (1918) que fundó con Guillén Zelaya y del cual sólo aparecieron uno o dos números.

A poco vino la Guerra y como el poeta no podía renunciar a su ciudadanía nicaragüense para poder marchar con los muchachos de Pershing, tuvo que enlistarse en el ejército inglés, y del Canadá,—donde vivaqueó,—fué a Europa a dar a la tierra un poco del vino que le debe. La Guerra lo ha transformado, elevándolo, simplificándolo: recién llegado me contó sublimes cosas, me leyó sus nuevos poemas escritos en medio de la catástrofe, y, como él dice, la Humanidad, alas! no huele a rosas... Es que el poeta estuvo, como nunca antes, más cerca del dolor diario, en diálogos con la Muerte; y ésta le ha dado serenidad, y, con la resurrección de la carne, el temor a Dios. Hace un año fué a Centro América, empleado de un banquero neoyorkino, y he aquí que en la odisea encuentra a Monna Innominata, una criatura que parece viviente escultura florentina. Y este amor—al que las malas lenguas han puesto casi al margen del convento—ha sembrado nuevas constelaciones en el firmamento mental del poeta. «Por sus venas,—ha dicho el crítico del *New York Times* (junio 1918)—corre la sangre